

CHANG

NO SE SI volveré a ver a Chang. Por supuesto, t e n g o muchos deseos de volverlo a ver, pero no se puede asegurar que se verá alguien mañana o pasado, o el mes que viene, por más que aquél a quien uno se refiere tenga la obligación o la costumbre de estar siempre en el punto en que cree uno que lo volverá a encontrar. Bien puede uno ir para allá al mes que viene o bien, por muchas causas, puede no ir. Es posible que uno, sin darse cuenta, quede inmóvil en su cama o en el suelo y no pueda ir y es posible que él se haya ido cuando uno llegue. Quién sabe. Lo que quiero decir es que me gustaría mucho volver a verlo: y lo curioso es que no sé siquiera cómo en realidad se escribe su nombre, si Chang, como lo escribo aquí, o Chan. Entre gente de lengua española es difícil, cuando pronuncian un nombre así, saber si lleva g final o no la lleva; pero, en verdad, da lo mismo, en este caso, Chang que Chan, así como da lo mismo Chana que Juana. Quisiera volver a ver a Chang o a Chan, esa es la cosa: es el mismo hombre, el compañero Chang o Chan. Una letra de más o de menos no lo cambiará.

Será mejor aclarar: Chang o Chan es un obrero gastronómico, así se llaman ellos, que atiende a los comensales del Salón Primavera del Hotel Habana Hilton de La Habana. ¿ Es un mozo, un garzón, que significa lo mismo, aunque con c con cedilla? ¿ Qué nombre tiene en español ese oficio? No me gusta nesero y tampoco es un camarero. Quiero darle un nombre digno de su oficio y todos me parecen un poco indignos, por lo menos tratándose de Chang. ¿Por qué quiero volver a verlo?, me preguntarán. Por cierto, es raro que alguien desee volver a ver a un mozo o garzón. ¿ Cuántos mozos hemos conocido, cuántos nos han servido? ¿ Cómo recordar a tantos, para qué recordarlos? Pero Chang es distinto.

HACE MUCHOS años, cuando era muy joven, conocí, en una noche de juerga, una humilde juerga por el barrio San Pablo, a un hombre que, según dijo, era mozo de restaurante; era un hombre alegre y tranquilo. Bebimos un poco, comimos otro poco, no mucho, reímos, y de ahí no pasó. Creí que no lo vería más, pero años después, mientras iba yo con una gente y una muchacha que me gustaba, gente toda más o menos estirada, me di de boca con él en una playa de Valparaíso. Me reconoció y vino a saludarme alborozadamente; había cambiado de oficio y era ahora uno de esos fotógrafos de la legua que recorren Chile cubiertos con un delantal y sacando horriblas fotografías. Después de hacerme recordar, a gritos, aquella noche de juerga, de peques y de vino tinto - ¿eran rebuenos los peques, no? con harta cebollita - , me rogó que me sacara una fotografía con mis amigos. "Me ha ido remal hoy; sácate una foto con tus amigos". Achunchado, no supe qué hacer; además, no tenía dinero para fotos, pues continuaba siendo tan pobre como cuando me conocí; pero uno de los amigos que me acompañaba, hombre inteligente, se dio cuenta de todo y accedió al pedido de mi amigo, el compañero de una noche de juerga. Nos sacó una espantosa fotografía, nos reímos como locos y nos fuimos. Y no le he visto más a aquel hombre ni tampoco tuve nunca, deseos de volver a verlo; quizá con qué oficio reaparecería.

No es el caso de Chang; a Chang quiero volver a verlo. Creo que es descendiente de chino, el nombre es muy elocuente, pero, la verdad, no se le nota mucho, cosa que ocurre con otros cubanos que conozco, chino López, por ejemplo, muy buen fotógrafo, que se firma tal y cual. Pero ser descendiente de chino o de china no es vergonzoso en Cuba ni en ninguna parte. En Cuba hubo muchos chinos que pelearon por la independencia de la isla; tampoco es vergonzoso descender de gallegos, de catalanes o de vascos. Lo que importa es el hombre, no sus antepasados.

Durante siete meses seguidos vi a Chang tres o cuatro veces al día. Servía a todos con la misma fina atención, aunque sabía, sin

decirlo, quién la merecía más que otro. En el primer desayuno que me sirvió, me dijo, al entregarme el vaso de agua fresca, que el cubano bebe varias veces al día (cuando no lo cambia por cerveza): - El que bebe de esta agua, vuelve a Cuba - .

No intimé nada con él, era difícil, su horario se lo impedía; sólo lo miraba, lo veía, atento, eficaz, diciendo a veces bromas a sus compañeros de trabajo, sobre todo a las muchachas que lo ayudaban, observando quien llegaba o quiénes se iban, qué falta ba aquí o allá. Pero cuando el día antes de salir de la isla, casi justo al cumplir los siete meses, fui a comunicarle que me iba y que venía a despedirme de él, me dijo asombrado :
- ¡Cómo ! ¿ Se va? ¿ Se va? Y nosotros ¿ qué vamos a hacer ?.
Desconcertado, no supe qué responder.

- Porque nosotros ya somos como de su familia, ¿ no es verdad ?, o usted es de nuestra familia y se va. ¿ Por qué ?

Le expliqué, un poco a saltos, por qué me iba. Me oyó y accedió.

- Bueno, está bien, pero ¿ volverá, no es cierto ? .

Le prometí que sí, que volvería. Nadie, ningún hombre que no ha ya sido íntimo mío, me ha pedido nunca, con tal énfasis, que vuelva a alguna parte. ¿ Comprenden ahora por qué quiero volver a ver a Chang ?
